

La Crisis Política Chilena

En su libro "El Laberinto de la Soledad", Octavio Paz nos dice: "Cada una de las nuevas naciones tuvo, al otro día de la Independencia, una constitución más o menos (casi siempre menos que más) liberal y democrática. En Europa y Estados Unidos esas leyes correspondían a una realidad histórica: eran la expresión del ascenso de la burguesía, la consecuencia de la revolución industrial y de la destrucción del antiguo régimen. En Hispanoamérica sólo servían para vestir a la moderna las supervivencias del sistema colonial. La ideología liberal y democrática, lejos de expresar nuestra situación histórica concreta, la ocultaba. La mentira política se instaló en nuestros pueblos casi constitucionalmente. El daño moral ha sido incalculable y alcanza zonas muy profundas de nuestro ser. Nos movemos en la mentira con naturalidad..."

La narrativa latinoamericana es uniforme en su valoración peyorativa de las realidades políticas de nuestro continente. Hasta la década de 1960 era común en Chile creer que representábamos una excepción única en el lamentable historial político de Latinoamérica. Jorge Ahumada, esencialmente americanista, advertía contra la complacencia chilena para vivir "en la mentira política con naturalidad". Escribió el ensayo "La Crisis Integral de Chile", que leyó en la primera convención del PDC posterior al triunfo de Frei, a comienzos de 1965. Ahumada exhortó a ese partido a asumir la tarea de sacar a Chile de su triple crisis: económica, política y cultural. La crisis política se manifestaba en carencias de participación, de representatividad y de solidaridad.

A comienzos de 1967, Frei llamó a Ahumada a hacerse cargo de tareas gubernamentales con plenos poderes. Ese día conversamos largamente. El estaba convencido de que se habían perdido dos años. La crisis integral se había agudizado. Poco después, la muerte lo sorprendió en Caracas, dando término a sus compromisos de trabajo en Venezuela.

Sintiéndome mandatario implícito de Jorge Ahumada, escribí mis propias catilinarias en contra de la clase política chilena en 1967, las que fueron publicadas en "Obstáculos Políticos para el Desarrollo". En ese libro expresé: "... en Chile existe una oligarquía pluralista. El poder político está en manos de pequeños grupos directivos de autogestión con diverso origen y función, en una operación de ficticia organización de base..." "Se combinan, oponen o transan entre sí, sin que tengan obligación y responsabilidad exigible con aquellos de quienes son mandatarios, teóricamente".

Las exhortaciones de Jorge Ahumada resultaron proféticas. La institucionalidad y la clase política vigentes durante el Gobierno de Frei fueron incapaces de dar curso civilizado a las impaciencias populares y estudiantiles. Grupos espontáneos, más o menos organizados, instigados o no políticamente, tomaron la ley en sus manos: la usurpación de predios urbanos y rurales, de fábricas y de escuelas fue método permitido para la conquista de reivindicaciones laborales, sociales o

políticas. En las reuniones masivas de estudiantes y pobladores la deliberación verbal fue sustituida por la contienda entre claque vociferantes y amenazadoras. (Las recientes campañas electorales de estudiantes muestran que esas prácticas siguen demasiado vivas.)

La mitificación de la Revolución Cubana, de sus aventuras de propagación y del penoso fin del Che Guevara, abrieron la era de una prolífica subcultura revolucionaria. En ese contexto, los robos a mano armada del MIR, VOP y otros, eran considerados como justificables actos de la revolución en algunos ambientes de la "inteligentzia" de izquierda y, sobre todo, en los inevitables corrillos de snobs. (Los prófugos Pascal, Luciano Cruz, hermanos Henríquez, etc., eran del atractivo más preciado de las fiestas de damiselas conspicuas.)

El Gobierno de Allendé consistió en el desenfreno e instigación irresponsable de los factores de una crisis integral ya manifiesta mucho antes de 1965. La clase política, tanto

La intervención militar sólo ha impedido la manifestación de los síntomas de una crisis, que subyace sumergida.

gobernante como opositora, nuevamente fue incapaz de recuperar un curso social civilizado. Su desempeño fue un desastre y el desenlace fue una tragedia en que pagaron muchos justos por unos pocos pecadores.

La intervención militar suspendió la evolución de la crisis nacional. Una parte de los chilenos cree que en estos 14 años se ha institucionalizado un sistema que, junto con resolver la crisis, ha creado una realidad sin riesgos futuros. Otros creemos que el sistema establecido sólo ha impedido la manifestación de los síntomas de la crisis y que ésta subyace muy peligrosa, aunque momentáneamente sumergida. En los próximos dos años y medio se probará, con hechos, quiénes tienen la razón.

Las directivas opositoras, concentradas en sus conciliábulos y declaraciones cupulares o en el juego con ilusiones relativas a la caída del gobierno por el azar de una conjun-

ción de fuerzas ajenas a su influencia, han cooperado inconscientemente con los objetivos del Gobierno: han dejado a las grandes mayorías abandonadas a su suerte, sin organizaciones eficaces, sin representación, sin participación, sin capacidad de iniciativas autónomas, sin conducción y sin esperanzas.

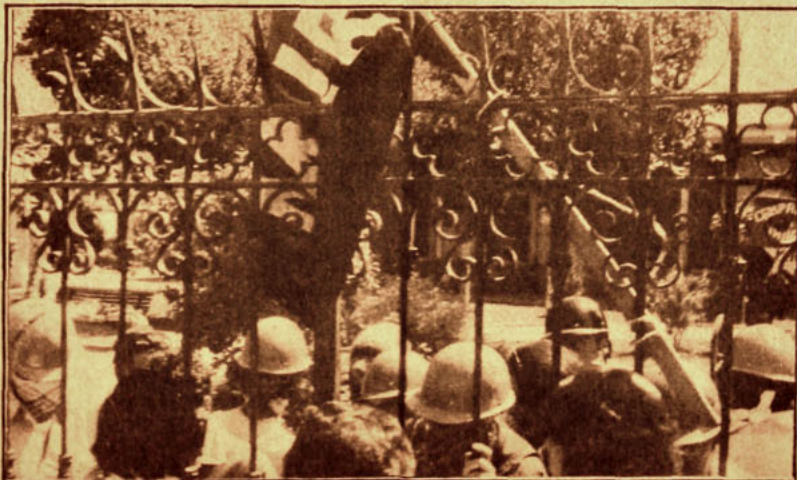
Durante los casi 10 años de clandestinaje forzoso, las directivas partidistas se entendieron entre sí, suponiendo que cada contertulio tenía alguna representación de la ciudadanía. Con el propósito de dar una imagen de una gran suma de representaciones intervinieron personajes cuyos mandatos eran, a sabiendas, pura ficción, con otros de representaciones dudosas o en conflicto, junto a la DC, que tenía una representación indubitable.

La actividad política reducida a cúpulas divorciadas de la ciudadanía común, generó una ideología y un lenguaje propios, diferentes de los que comparte el resto de los chilenos. El resultado ha sido un conjunto de partidos mezclados en confusión y con finalidades equívocas: que no interpretan las inquietudes y aspiraciones de las grandes mayorías.

Si recurrimos al clarividente prisma de Jorge Ahumada, podemos concluir que sigue vigente la crisis política que delató hace 22 años. Falta participación, representatividad y solidaridad. Han fracasado los relevos de dirigentes que se han sucedido en la conducción política, en funciones de gobernantes o de opositores, en los últimos 22 años, a lo menos, y deberían ceder su lugar a otros personajes, a otros pensamientos, a otros estilos de actuar en política. De lo contrario, un alto porcentaje preferirá "el diablo conocido a santo por conocer" y, si es mucha su pesadumbre por esta muy ingrata misión, no se inscribirá o no votará.

Los partidarios del continuismo cometerían un grave error si agradecen estos vaticinios. La resignación pasiva de una mayoría puede otorgar una victoria a lo Pirro. Después habrá la misma resignación pasiva frente a la revancha insurreccional de los duros, los puros y los audaces. En esta época Chile no podría repetir los vaivenes anárquicos del 30-32, las interferencias extranjeras no esperarían una solución chilena.

Carlos Neely I.



Durante el Gobierno de Frei no se supo dar curso civilizado a las impaciencias populares y estudiantiles. Ciertos grupos tomaron la ley en sus manos: la usurpación de predios urbanos y rurales fue método permitido para diversas reivindicaciones.